

Luisa, pues ya sabemos que éste era su nombre, usando del tono más dulce de su voz, pronunció con melodiosa lentitud las siguientes palabras:

—Soporto las lisonjas con que el mundo inciensa nuestro paso por la vida cuando me las tributan en público, porque entonces pertenezco á los cortesanos de mi hermosura y de mi opulencia; pero á solas me aburren soberanamente, y en boca de V., querido amigo mio, me son insoportables.

—Marquesa, es V. incomprendible.

—Vamos, vamos al caso.

—Como decia, al verla á V. detenida delante de nosotros, quise humillarlo y lo traté como á un pobre que pide limosna, y V. completó mi venganza arrojando á sus piés una moneda desde la ventanilla del coche.

—Es cierto.

—Pues bien; aquella limosna, prosiguió Matusalem restregándose las manos, debió producirle un efecto infernal; pues al volver la esquina de la calle del Príncipe lo vi por el vidrio que corria detras del coche con el sombrero echado atras y los puños crispados.

dos. Debía bramar como un toro. Jamas habia conseguido verlo furioso, porque se burla de mis insultos lo mismo que de mis súplicas, encerrado en su inexpugnable miseria. Aquella moneda debió llegarle al alma, y así vengué tantos ultrajes, sobre todo el del teatro; aquella broma infame que hizo resonar por todas partes el nombre de Matusalem.

—¿Fué él tambien, preguntó la Marquesa, el autor.....

—De esa infamia, sí señora; él..... no podia ser otro..... solamente él se hubiera atrevido.

—Divino..... divino..... exclamó Luisa, dejándose caer sobre el divan y riyendo á carcajadas.

—¿Todavía, señora, celebra V. la gracia?

—¡Oh! sí, sí, contestó ella; desde aquel dia fué V. una celebridad..... de ese modo llamó V. mi atencion, fastidiada por los obsequios de tantos aspirantes á mi fortuna; entonces lo conocí á V. y lo distinguí entre todos, porque dije: éste es el hombre que yo necesito.

—¿Para qué, señora..... para qué me necesita V.?..... Hace ocho meses que todos los días me dirijo la misma pregunta y nunca sé contestarla. Usted me distingue en público de una manera que me vuelve loco, y luego aquí, en la intimidad de nuestra..... pues..... de nuestra confianza, me trata V. con un desden que me deja tonto. No lo entiendo..... no lo puedo entender.

—¿Y para qué quiere V. entenderlo?..... Ni ¿con qué derecho se atreve V. á pedirme explicaciones de mi conducta?..... Conténtese V. con las apariencias de mi aprecio..... con la suposición de mi confianza. Y en honor de la verdad, no me parece V. más despreciable que los otros.

Estas últimas palabras resonaron en los oídos de Matusalem como una lisonja. No ser más despreciable que los otros equivalía á valer tanto como cualquiera, y en tal caso, podía aspirar al amor de la Marquesa. Algunas veces había pasado por su pensamiento la idea de obtener su mano, idea muy halagüeña para su espíritu positivo, porque le parecía mucho mejor negocio ser su ma-

rido que ser su amante; más práctico poseer su fortuna que poseer su corazón; mas no atreviéndose á pronunciar palabra alguna que descubriera el secreto de su sueño dorado, se esforzaba con su conducta discreta y dócil en convencer á la opulenta viuda de que no encontraría en el mundo un marido más complaciente.

Sabía que la Marquesa, por una extravagancia de su carácter, ó más bien por un error de su entendimiento, había formado el propósito de no volver á casarse, y que menos que con nadie se casaría con el hombre que acertara á interesar su corazón.

Fundaba su propósito en la realidad de una triste experiencia. Se casó muy joven, y según ella misma decía, enamorada. El Marqués la amaba frenéticamente; ambos eran muy ricos; el mundo los rodeaba de todos los encantos de la vida. Amor, fortuna y placeres; nada faltaba á la felicidad de aquel matrimonio. Pero ya se ve, ¡la vida del gran mundo tiene tantas seducciones!..... Las fiestas, los saraos, los deberes de su posición, su presencia absolutamente indispensable en

todos los espectáculos, las amigas..... los amigos..... la sociedad, en fin, alegre, bulluciosa, brillante, se fué poco á poco interponiendo entre los dos esposos, que apénas tenían tiempo para verse, para oirse; en una palabra, para amarse. La bella Marquesa tenía su córte que la acompañaba á todas partes, y el Marqués buscó sus distracciones; al año de matrimonio, eran dos amigos que vivían en un mismo palacio. Cuando Luisa advirtió que el amor de su marido se habia evaporado, ya era tarde, y disimuló su pena aumentando su fausto y realzando su hermosura con todos los atractivos del lujo..... Pobre mujer; queria seducir á su marido, y ¡en qué ocasion!..... precisamente cuando las piruetas de una bailarina famosa le habian hecho perder la cabeza.

Mostrarse celosa hubiera sido una ridiculez, y por aparecer indiferente se hizo aturdida; desplegó todos los recursos de la coquetería y acabó por ser la mujer de moda.

Al poco tiempo murió el Marqués en un desafío.

Esta historia suya la veia repetida en va-

rios ejemplares, y habia resuelto morir viuda.

Alguna vez surgia del fondo de su corazon una súbita dificultad; podia haber en el mundo un hombre que encendiera en su alma el fuego de un nuevo amor; tal vez del único amor, porque se le ocurría al mismo tiempo la sospecha de que no habia amado á su marido como ella era capaz de amar; y si me es permitido, añadiré..... que la dificultad que se levantaba contra su propósito de viudez perpétua, no nacia tanto del temor de hallar ese hombre, como del deseo de encontrarlo.

Entónces se afirmaba más en su resolucion, porque habia observado que en el mundo en que vivia era más fácil conservar el cariño de un amante que el amor de un marido, y le tenía horror al matrimonio.

Afortunadamente, hasta el momento en que nos encontramos, el hombre temido ó deseado no habia aparecido por ninguna parte, y la bella Marquesa seguia conservando su viudez con toda tranquilidad de conciencia.

Matusalem estaba al cabo de la calle; conocia perfectamente la situacion de ánimo de

la Marquesa, la firmeza de su resolución y la imposibilidad de realizar su sueño dorado, porque conocía que conforme se acercaba á la Marquesa iba siendo para él más inaccesible.

—Ejerce V. sobre mí, dijo, un dominio absoluto, tan absoluto, que todavía no me he atrevido á amarla. ¿Puedo hacer mayor sacrificio?

La Marquesa lo miró con amable desden, y le contestó :

—Dejemos eso y volvamos á nuestro cuento. Estábamos en que la limosna le había llegado al alma, en que corría desalado detras del coche.....

—Eso; corría furioso..... pero volvimos la esquina y lo perdí de vista.

—¿Y eso es todo?

—Falta lo principal. Desde aquel dia redoblé mis precauciones, porque su venganza debía ser terrible..... Tuve intenciones de anunciar en el *Diario de Avisos* un viaje..... á Lima..... al Polo..... al fin del mundo; pero desistí..... pensando que no lo creeria, y que en todo caso apresuraria su venganza.....

Ademas era descubrirme. En tres dias no salí de casa, pero semejante resolución no habia de ser eterna, y me eché á la calle, por supuesto en coche ó volviendo siempre la cabeza. Era no tener sosiego, no vivir; andar á salto de mata como un facineroso empezaba á serme insoportable; habia que tomar una resolución enérgica; me ocurrió y la adopté inmediatamente.

—¿Cuál fué esa resolución?

—Ésta: he alquilado un *matachin* que á cierta distancia me sigue á todas partes, dispuesto á volver á presidio por defenderme; idea magnífica que ha debido ocurrírseme ántes.

—¿De manera que ha buscado V. á un asesino para matar á un muerto?

—No es más que para enterrarlo, para que no vuelva á ponerse en mi presencia, para que me deje vivir. La ley natural autoriza á matar en defensa propia..... Ademas, ya le he dicho á V., y esto es lo nuevo y lo original del caso, que el muerto vive.

—En efecto, hablaba V. de una resurrección.

—Ni más ni menos; el cadáver ha dejado la mortaja; la limosna que V. arrojó en el sepulcro de su miseria, lo ha vuelto á la vida. Usted le hizo comprender que era un miserable; se llenó sin duda de indignacion contra sí mismo y ha resucitado. Ayer lo vi y me costó trabajo conocerlo..... no era el mismo, era otro.

—Hágame V. su retrato, dijo la Marquesa; lo he visto muerto y quiero verlo vivo.

—Pues imagínese V. una persona decente y ahí tiene V. su retrato.

—No; quiero los detalles, los pormenores, todo.

—Pues bien, imagínese V. aquella cabeza burlona.

—No, no, replicó ella; diga V. aquella hermosa cabeza.

—Pues imagínese V. aquella hermosa cabeza bajo las alas de un sombrero nuevo; coloque V. ahora en su cuello una corbata azul; sobre sus hombros una levita de paño de Alcoy, probablemente forrada de lana; añada V. un chaleco negro cerrado hasta la

barba, que debió servirle para el luto de su madre; un pantalon blanco y negro á cuadros menudos como la piel de una culebra, y ahí tiene V. al muerto resucitado. Semejante transformacion á V. se la debe.

Más detalles, exclamó la Marquesa; quiero más detalles.

—Sólo recuerdo una circunstancia bastante singular.

—¿Qué circunstancia?

—La transformacion de su vestido habia transformado su rostro; aquella sonrisa burlona y aquella mirada audaz habian desaparecido; eran sin duda la misma boca y los mismos ojos, pero ojos distraidos y boca pensativa..... Al nacer por segunda vez no nacia precisamente llorando, pero nacia triste.

—Estaria hermoso.....

—¡Hermoso!..... diga V. más bien *cursti*. Tan abstraído iba en su pensamiento, que no me vió..... De seguro es la primera vez que ha pasado junto á mí sin verme. Yo lo miré bien, como no lo he mirado nunca, con insolencia, desafiándolo con los ojos..... pero nada, no me vió; se conoce que está decidi-

do á vivir, porque yo llevaba detras á mi hombre.

—Infeliz de V., exclamó la Marquesa acercando á Matusalem sus mejillas pálidas y sus ojos chispeantes..... Infeliz de V. si llega á sucederle algo.

—Pero, señora..... quiso replicar Matusalem asustado.

—Yo lo protejo, gritó la Marquesa. ¿No dice V. que me debe la vida? pues bien; esa vida me pertenece.

—Esto es más original, más extraordinario de lo que yo imaginaba.

—¿Cómo se llama? preguntó ella.

—Se llama Miguel.

—¿Miguel qué?.....

—Miguel..... phs; cualquier cosa; Miguel Lanuza.

Sonrióse la bella viuda como complacida del nombre y del apellido, y repasando las jerarquías del cielo y de la tierra, dijo:

—Miguel..... nombre de arcángel. Lanuza, apellido de un aragones ilustre..... Y volviéndose á Matusalem, que la miraba absorto, añadió:

—Su amigo de V. es completo.

—¡Completo!..... ¡porque se llama Miguel!..... Vea V. qué mérito tan singular..... Si el nombre supone algo en el mundo, reclamo mi derecho, porque yo me llamo Alejandro.

—Su nombre de V. es más respetable que todo eso; V. se llama Matusalem.

—El pobre hombre se mordió los labios; el nombre de Matusalem en boca de la Marquesa le hizo un efecto deplorable; y por un cruel capricho de la memoria, vino á recordar que la primera vez que Miguel le nombró de ese modo le causó el mismo efecto. Sin embargo, despues de morderse los labios se sonrió de la mejor manera que le fué posible, y sintiéndose débil para defenderse, volvió al ataque, repitiendo de nuevo:

—¡Completo!..... completo..... ¡Si V. lo conociera!

—Ya lo conozco.

—Señora, lo ha visto V. una sola vez y á escape, hace quince dias.

—Lo habia visto ántes..... alguna vez, y despues lo he visto muchas veces.

—¿Dónde?

—¿Quién sabe?

—¡Oh!..... es imposible.

—¿Por qué?

—Porque lo hubiera V. reconocido el día que lo vió en la calle del Príncipe.

—¿Y V. qué sabe si lo reconocí?

—Lo sé, puesto que me preguntó V. si era un pobre.

—Y bien.....

Y le arrojó V. una limosna. Me parece que esto no tiene réplica.

Aquí la Marquesa elevó graciosamente el labio inferior, dando á su boca la expresion del más soberano desden, y dijo :

—Pues á pesar de eso, lo he visto ántes y despues de ese día, porque hace mucho tiempo que tengo su retrato.

—¡Su retrato!..... exclamó Matusalem.

—Sí, insistió la Marquesa; su retrato, que va siempre conmigo.

Ignoraba si era pobre ó rico..... sabía únicamente que era como es.

—Ya comprendo. Usted allá en sus ratos de ocio se habia imaginado un hombre.....

un *bello ideal*, y hé aquí que el *bello ideal* es ¡oh noble Marquesa! poco ménos que un mendigo.

—Justo.

—Esto es incomprendible.

—¿Dónde vive? preguntó ella.

—¿Dónde vive?..... ¿qué sé yo?..... ¿Quién es capaz de saber dónde vive un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto?

—¡Oh! insistió la Marquesa: es preciso saberlo.

—En ese caso..... no habrá más remedio que averiguarlo.

—Hoy mismo.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tal imperio, que Matusalem se puso de pié, diciendo :

—Quiero que sepa V. adónde llega mi..... Por V. soy capaz de todos los sacrificios.

—¡Oh alma generosa! exclamó la Marquesa con cómica admiracion. Hoy, quiero confesarlo, me ha hecho V. feliz, completamente feliz..... Vamos, hoy me ha llegado V. al alma. Créame V., amigo mio; pensaré en V. hasta que volvamos á vernos.

II.

y deseo que nos volvamos á ver pronto.....
muy pronto.

Y señalándole con una mano la puerta del
gabinete, le tendió la otra.

Matusalem salió diciéndose á sí mismo:

—¡Demonio! ¡Demonio! Maldito Miguel;
maldita lengua mia; esta broma va á ser la
más pesada.

CAPÍTULO IV.

Tesis, Hipótesis y Síntesis.

Cuando Matusalem se encontró en la puerta de la calle indeciso acerca de la dirección que debía tomar, comprendió las dificultades de su empresa. ¿Dónde encontrar el camaranchon que serviría de albergue á Miguel? ¿Acaso había algún rincón en alguna casa donde pudiera decir: «Aquí vivo»? La primera duda que le asaltaba era si Miguel vivía en alguna parte.

Madrid es un pueblo muy hospitalario; durante el día tiene abiertas de par en par sus calles para todo el mundo, ofreciendo en el verano la sombra de las esquinas, y en el invierno el sol de las plazuelas; durante la noche no le falta nunca al más perdido el modesto rincón de alguna taberna, la cómoda